

El conde de Waldbourg prosigue así su narración:

«El emperador se puso en marcha el 21 a mediodía, después de haber tenido con el general Koller una segunda y larga conversación, cuyo resumen es éste: «¡Pues bien! ya oísteis ayer mi discurso a la antigua guardia, discurso que os agradó, y ya visteis el efecto que produjo. Así es como debe hablarse y obrarse con ellos, y si Luis XVIII no sigue ese ejemplo, nunca hará nada del soldado francés...»

«Los gritos de ¡viva el emperador! cesaron desde que se separaron de nosotros las tropas francesas. En Moulins encontramos las primeras escarapelas blancas, y los habitantes nos recibieron con las aclamaciones de ¡vivan los aliados! El coronel Campbell se adelantó en Lyon para buscar en Tolón o en Marsella una fragata inglesa que, según los deseos de Bonaparte, pudiese conducirlo a su isla.

«En Lyon, por donde pasamos a las once de la noche, se reunieron algunos grupos que gritaron ¡viva Napoleón! El 24 al mediodía nos encontramos al mariscal Augereau cerca de Valence. Bonaparte y el mariscal se apearon del coche: Napoleón se quitó el sombrero, y tendió los brazos a Augereau, que le abrazó, pero sin saludarlo: «¿Dónde vas de ese modo?, le preguntó el emperador, tomándole por un brazo; ¿vas a la corte?» Augereau respondió que por el momento iba a Lyon, y así marcharon cerca de un cuarto de hora juntos por el camino de Valence. El emperador hizo al mariscal cargos por su conducta respecto a él, diciéndole: «Tu proclama es muy necia; ¿por qué esas injurias contra mí? Bastaba decir sencillamente: habiéndose pronunciado el voto de la nación en favor de un nuevo soberano, el deber del ejército es conformarse a él. ¡Viva el rey! ¡Viva Luis XVIII!» El mariscal se puso entonces a tutear a Bonaparte, y le hizo a su vez amargas reconvenciones sobre su insaciable ambición, a la cual lo había sacrificado todo, aun la felicidad de Francia. Cansando este discurso a Napoleón, se volvió bruscamente, abrazó al mariscal, se quitó otra vez el sombrero, y se metió en su carruaje.

«Augereau no movió su gorra de la cabeza, y sólo cuando el emperador estuvo en el coche, le hizo un ademán despreciativo con la mano, diciéndole adiós.

«El 25 llegamos a Orange, donde nos recibieron a los gritos de ¡viva el rey! ¡viva Luis XVIII!

«En el mismo día, en el sitio en que debía mudarse de caballos, un poco antes de Aviñón, encontramos reunida mucha gente del pueblo que esperaba a Napoleón, y que nos acogía con gritos de ¡viva el rey! ¡vivan los aliados! ¡abajo el tirano, el picaro!... La multitud vomitaba contra él mil invectivas.

«En todos los lugares que atravesamos fué recibido de la misma manera. En Orgon llegó a su colmo la rabia del pueblo: delante de la posada donde tenía que parar habían levantado una horca, de la cual estaba colgado un muñeco con uniforme francés, cubierto de sangre, y con esta inscripción en el pecho: *Tal será, tarde o temprano, la suerte del tirano.*

«El pueblo se encaramaba al coche de Bonaparte y pretendía verlo para dirigirlas las mayores injurias. El emperador se ocultaba todo cuanto podía detrás del general Bertrand, y estaba pálido y sin decir una palabra. A fuerza de perorar al pueblo, conseguimos sacarlo de aquel mal paso.

«El conde Schouwaloff arengó al populacho en estos términos: «¿No os avergonzáis de insultar a un desgraciado sin defensa? ¡Bastante humillado está por la triste situación en que se encuentra, él, que pretendía dictar leyes al universo, y que se ve hoy a merced de vuestra generosidad! Abandonadle a sí propio: ya veis que el desprecio es la única arma que debéis emplear contra ese hombre, que ya no es peligroso. No sería propio de la nación francesa tomar otra venganza.» El pueblo aplaudía, y viendo Napoleón el efecto del discurso, hacía señas de aprobación a Schouwaloff, dándole después las gracias por el servicio que le había prestado.

«Un cuarto de legua más allá de Orgon creyó indispensable la precaución de disfrazarse; se puso una vieja levita azul, un sombrero redondo con una escarapela blanca, y montó en un caballo de posta para galopar delante de un coche, queriendo pasar de este modo por un correo. Como no podíamos seguirlo, llegamos a Saint-Cannat mucho después que él. Ignorando los medios de que se había valido para substraerse al pueblo, lo creíamos en el mayor peligro, porque vimos su coche rodeado por gentes furiosas, que intentaban abrir las portezue-

las; pero felizmente estaban muy bien cerradas, y esto salvó al general Bertrand. La tenacidad de las mujeres fué lo que más nos sorprendió; nos suplicaban que se lo entregásemos, diciendo: «Ha merecido tanto bien de nosotras y de vosotros mismos, que no os pedimos sino una cosa justa.»

«A media legua de Saint-Cannat alcanzamos el coche del emperador, que poco después entró en una mala posada, situada en el camino real, llamada *La Calade*. Le seguimos, y allí fué donde supimos el disfraz de que había usado, y su llegada a esta posada a favor de tan extraño atavío: sólo le había acompañado un correo, y toda su comitiva, desde el general hasta el marmitón, se habían puesto escarapelas blancas, de las cuales parecían haber hecho provisión de antemano. Su ayuda de cámara salió a nuestro encuentro, suplicándonos que hiciéramos pasar al emperador por el coronel Campbell, porque al llegar se había anunciado con este nombre. Prometimos complacerlo, y yo entré el primero en una especie de habitación, donde me chocó encontrar al ex soberano del mundo sumergido en profundas reflexiones, con la cabeza apoyada en las manos. Al momento no lo conocí, y acercándome a él, se levantó sobresaltado, y me dejó ver su rostro inundado de lágrimas. Me hizo seña de que no dijera nada, y de que me sentara a su lado, y todo el tiempo que la posadera estuvo en la sala, sólo me habló de cosas indiferentes; pero, cuando ésta salió, volvió a su posición primera. Yo juzgué conveniente dejarlo solo, pero él nos suplicó, sin embargo, que pasásemos de cuando en cuando a su cuarto para que no sospechasen su presencia.

«Le hicimos saber que todo el mundo estaba instruido de que el coronel Campbell había pasado la víspera justamente por aquel lugar, y entonces resolvió cambiar su nombre por el de lord Burghers. Nos sentamos a la mesa, pero como no eran sus cocineros los que habían preparado la comida, no pudo resolverse a tomar ningún alimento, por miedo de que lo envenenaran. Sin embargo, viéndonos comer con buen apetito, tuvo vergüenza de mostrarnos los temores que le agitaban, y fingiendo tomar todo lo que se le ofrecía, devolvía los platos sin haber tomado nada, y algunas veces tiraba debajo de la mesa lo que había aceptado, para hacer creer que lo había comido. Sólo tomó un poco de pan y de vino de

una botella que hizo sacar de su coche, la cual partió con nosotros.

«Habló mucho y estuvo de una amabilidad notable, y cuando estuvimos solos, después de haberse retirado la posadera que nos servía, nos manifestó que creía en peligro su vida, y que estaba persuadido de que el gobierno francés había tomado medidas para hacerlo asesinar en aquel lugar.

«Mil proyectos se cruzaban en su cabeza sobre la manera con que podría salvarse, y pensaba en los medios de engañar al pueblo de Aix, porque le habían dicho que la muchedumbre le esperaba en la casa de postas. Nos declaró, pues, que lo que le parecía más conveniente era volver a Lyon, y allí tomar otro camino para embarcarse en Italia. De ninguna manera hubiéramos podido consentir en este proyecto, e intentamos persuadirle a marchar directamente a Tolón, o ir por Digne a Frejus, queriendo convencerle de que era imposible que el gobierno francés pudiese tener intenciones tan pérfidas sin que nosotros tuviésemos conocimiento de ellas, y que el populacho, a pesar de las indecencias a que se entregaba, no se haría culpable de un crimen de esa naturaleza.

«Para persuadirnos mejor, y para demostrarnos hasta qué punto eran fundados sus temores, según él, nos contó lo que le había pasado con la posadera, que no lo había conocido. «¿Habéis encontrado a Napoleón?», le preguntó ella. «No», había respondido Bonaparte. «Esto es curioso—continuó la mujer—por ver si se podrá salvar; yo creo que el pueblo va a asesinarle, lo cual es preciso confesar que ha merecido muy bien ese tuno. Decidme, ¿van a embarcarlo para su isla?» «Seguramente.» «¿Lo ahogarán, no es verdad?» «¡Así lo espero!»—replicó Napoleón—. *Ya veis—añadió—a qué peligro estoy expuesto.*

«Entonces empezó a cansarnos de nuevo con sus inquietudes e irresoluciones, y nos suplicó examinásemos si no había alguna puerta secreta por la que pudiera escaparse, o si la ventana, cuyos postigos había visto cerrar cuando entró, no estaba demasiado alta para poder saltar y evadirse.

«La ventana tenía una reja por fuera, y lo puse en el mayor apuro cuando le comuniqué este descubrimiento. Al más pequeño ruido se estremecía y cambiaba de color.

«Después de comer le dejamos con sus



reflexiones, y al volver de vez en cuando a su sala, según el deseo que nos había manifestado, siempre lo encontramos llorando...

»El ayudante de campo del general Schouwalof nos dijo que el pueblo, amotinado en la calle, se había retirado casi completamente. El emperador resolvió marchar a media noche.

»Por una previsión exagerada aun tomó nuevos medios para no ser conocido.

»A fuerza de ruegos obligó al ayudante de campo del general Schouwalof a que se pusiera la levita azul y el sombrero redondo, con los cuales había llegado a la posada.

»Napoleón, que entonces quiso pasar por un coronel austriaco, se puso el uniforme del general Koller, condecorándose con la orden de Santa Teresa que el general llevaba, se encasquetó mi gorro de viaje, y se cubrió con la capa del general Schouwalof.

»Después que los comisionados de las potencias aliadas le hubimos equipado de este modo, hicimos acercar los coches; pero antes de bajar, volvimos a repetir el orden en que debíamos marchar. El general Drouot iba el primero, luego el fingido emperador, ayudante del general Schouwalof, y en seguida el general Koller, Bonaparte, el general Schouwalof y yo, que tenía el honor de formar parte de la retaguardia, a la cual se unió la servidumbre del emperador.

»El ayudante de Schouwalof (el mayor Olewief) había tomado el sitio de Napoleón en su coche, y Napoleón ocupó otro en la berlina del general Koller.

»Sin embargo, el emperador no se tranquilizaba, tanto, que ordenó al cochero que fumase, a fin de que esta familiaridad pudiera disimular su presencia. Llegó hasta el punto de suplicar al general Koller que cantara, y como éste le respondiera que no sabía, Bonaparte le dijo que silbase.

»Así fué como prosiguió su camino, oculto en uno de los rincones de la berlina, fingiendo dormir, mecido por la agradable música del general, e incensado por el humo del cochero.

»En Saint-Maximin almorzó con nosotros. Como oyó decir que el subprefecto de Aix se encontraba en aquel lugar, le hizo llamar, y le apostrofó en estos términos:

»—Debáis avergonzaros al verme en

uniforme austriaco, el cual he tenido que vestir para ponerme al abrigo de los insultos de los provenzales. Yo estuve confiado entre vosotros, cuando pude traer conmigo seis mil hombres de guarnición. No encuentro aquí más que rabiosos que amenazan mi vida; estos provenzales son una mala raza que ha cometido toda clase de horrores y de crímenes en la revolución; pero, cuando llega la hora de batirse, entonces son unos cobardes. Jamás me ha suministrado la Provenza un sólo batallón del cual pudiese estar contento: pero tal vez estarán mañana tan encarnizados contra Luis XVIII como hoy lo están contra mí.»

»Volviéndose hacia nosotros nos contó que diez y ocho años antes había sido enviado a este país con muchos millares de hombres para libertar a dos realistas que habían de ser ahorcados por haber llevado la escarapela blanca. Yo les salvé con mucho trabajo de las manos de estos furiosos, y hoy día esos hombres volverían a los mismos excesos contra aquel de entre ellos que se negase a llevar la escarapela blanca. ¡Tal es la inconstancia del pueblo francés!

»Nos enteramos de que había en Luc dos escuadrones de húsares austriacos, y, accediendo al deseo de Bonaparte, mandamos orden al comandante que esperase nuestra llegada para escoltar al emperador hasta Frejus.»

Aquí concluye la narración del conde Waldbourg: causa daño leer estas relaciones. ¿Cómo los comisionados no podían proteger mejor a aquel de quien tenían el honor de ser responsables? ¿Quiénes eran ellos para afectar aires tan superiores con semejante hombre? Bonaparte dice, con razón, que si hubiera querido habría podido viajar acompañado de una parte de su guardia. Es indudable que su suerte les era indiferente; que se gozaban en su degradación, y que consentían con placer en aquellas muestras de desprecio. ¡Es tan dulce tener a sus pies el destino de aquel que marchaba sobre las más altas cabezas y vengarse del orgullo por el insulto! Los comisionados no encuentran una palabra, ni aun de sensibilidad filosófica, sobre tal cambio de fortuna, para advertir al hombre de su nada, y de la grandeza de los juicios de Dios. En las filas de los aliados habían sido numerosos los antiguos aduladores de Napoleón. Convento en que Prusia tenía necesidad de un esfuerzo de

virtud para olvidar lo que había sufrido ella, su rey y su reina; pero este esfuerzo debió hacerse. ¡Ay! Napoleón no había tenido lástima de nada: el momento en que se mostró más cruel fué en Jaffa, y el más pequeño en el camino de la isla de Elba. En el primer caso le sirvieron de excusa las necesidades militares; en el segundo la dureza de los comisionados extranjeros excita el sentimiento de los lectores y disminuye la abyección del héroe.

Se quisiera dudar de la verdad de los hechos referidos por el conde Waldbourg; pero el general Koller ha confirmado en una *Continuación del itinerario de Waldbourg* una parte de la narración de su colega: el general Schouwalof me ha asegurado, por su parte, la exactitud de los hechos, y sus palabras contenidas decían más que el relato expansivo de Waldbourg. Por último, el *Itinerario de Fabry* está compuesto sobre documentos históricos franceses, suministrados por testigos oculares.

Ahora que hago justicia a los comisionados de los aliados, ¿es al vencedor del mundo al que se ve en el *Itinerario de Waldbourg*? ¡El héroe reducido a disfraces y a lágrimas, llorando vestido de correo en una habitación oculta de una posada! ¿Fué así como estuvo Mario en las ruinas de Cartago, como Anibal murió en Bitinia y César en el Senado? ¿Cómo se disfrazó Pompeyo? Cubriéndose la cabeza con su toga. ¡El que había revestido la púrpura, amparándose bajo la escarapela blanca, y dando el grito de salvación: ¡viva el rey! ¡Ese rey de quien había hecho fusilar un heredero! ¡El señor de los pueblos, excitando las humillaciones que le prodigaban los comisionados a fin de ocultarle mejor; satisfecho de que el general Koller silbase en su presencia, de que un cochero fumara a su lado, y obligando al ayudante de campo de Schouwalof a que representara el papel de emperador, mientras que él, Napoleón, llevaba el uniforme de un coronel austriaco y se cubría con la capa de un general ruso! ¡Cuán cruelmente amaba la vida; estos inmortales no pueden consentir en morir!

Moreau decía de Napoleón: «Lo que le caracteriza es la mentira y el amor a la vida; si lo azotase, lo vería a mis pies implorando gracia.» Moreau pensaba de este modo; no podía comprender la naturaleza de Bonaparte, e incurrió en el mismo error que lord Byron, Al menos,

engrandecido el emperador en Santa Elena por las musas, aunque poco noble en sus contiendas con el gobernador inglés, sólo tuvo que soportar el peso de su inmensidad. En Francia, todo el mal que había causado se le apareció personificado en las viudas y en los huérfanos, y le obligó a temblar bajo las manos de algunas mujeres.

Todo esto es demasiado cierto; mas Bonaparte no debe ser juzgado según las reglas que se aplican a los grandes genios, puesto que le faltaba la magnanimidad. Hay hombres que tienen la facultad de subir, y que carecen de la de bajar. Napoleón poseía las dos facultades: como el ángel rebelde, podía disminuir su talla incommensurable encerrándola en un espacio medido: su ductilidad le proporcionaba medios de salvación y de renacimiento, y con él no estaba terminado todo cuanto parecía estarlo. Cambiando a su antojo de costumbres y de traje, tan perfecto en lo cómico como en lo trágico, este actor sabía parecer tan natural bajo la túnica del esclavo como bajo el manto del rey. Un instante más, y veréis cómo desde el fondo de su degradación levanta el enano su cabeza de Briareo; Asmodeo saldrá en un torbellino de humo de la redoma en que estaba comprimido. Bonaparte estimaba la vida por lo que le proporcionaba, y teniendo el instinto de lo que aun le quedaba que pintar, no quería que le faltase el lienzo antes de haber concluido sus cuadros.

LUIS XVIII EN COMPIEGNE. — SU ENTRADA EN PARÍS. — LA ANTIGUA GUARDIA. — FALTA IRREPARABLE. — DECLARACIÓN DE SAINT-OUEN. — TRATADO DE PARÍS. — LA CARTA. — RETIRADA DE LOS ALIADOS. — PRIMER AÑO DE LA RESTAURACIÓN. — ¿ES A LOS REALISTAS A QUIENES DEBE CULPARSE DE LA RESTAURACIÓN?

Mientras que Napoleón, conocido del universo, se escapaba de Francia en medio de las maldiciones, Luis XVIII, olvidado de todos, salía de Londres bajo una bóveda de banderas blancas y de coronas. Bonaparte volvió a encontrar su fuerza al desembarcar en la isla de Elba, y al desembarcar en Calais Luis XVIII hubiera podido ver a Louvel: encontró allí al general Maison, encargado diez y seis años después de embarcar a Carlos X en Cherburgo. Carlos X, para ha-



cerlo digno, aparentemente, de su misión futura, dió al señor Maison el bastón de mariscal de Francia, como un caballero, antes de batirse, confería la caballería al hombre inferior con el cual se dignaba medir sus armas.

Yo temía el efecto de la aparición de Luis XVIII, y me apresuré a anticiparlo en esa residencia donde cayó Juana de Arco en mano de los ingleses, y donde me enseñaron un volumen marcado por una de las balas lanzadas contra Napoleón. ¡Qué iba a pensarse del inválido regio reemplazando al caballero que había podido decir como Atila: «Por donde mi caballo ha pasado no vuelve a crecer la hierba.»! Sin misión y sin gusto, emprendí una tarea bastante difícil; la de pintar la llegada a Compiègne, y presentar al hijo de San Luis tal como yo le idealizaba con el auxilio de las musas. Me expresé de este modo:

«La carroza del rey iba precedida de los generales y de los mariscales de Francia, que salieron al encuentro de S. M. No ha habido gritos de *viva el rey!*, sino clamores confusos, en los cuales sólo se distinguían los acentos del enternecimiento y de la alegría. El monarca llevaba un traje azul, distinguido únicamente por una placa y charreteras, y sus piernas envueltas en anchas polainas de terciopelo rojo, bordadas con un cordoncillo de oro. Cuando estaba sentado en un sillón con sus polainas a la antigua y el bastón entre las rodillas, se hubiera creído ver a Luis XIV a los cincuenta años.

«Los mariscales Macdonald, Ney, Moncey, Serurier, Brune, el príncipe de Neuchâtel, todos los generales y todas las personas presentes han obtenido igualmente del monarca las palabras más afectuosas. Tal es en Francia la fuerza del soberano legítimo, esa magia unida al nombre del rey. Un hombre llega solo del destierro, despojado de todo, sin servidumbre, sin guardias, sin riquezas, sin tener nada que dar, y casi nada que prometer. Baja de su carruaje, apoyado en el brazo de una mujer joven, y se presenta a capitanes que jamás lo han visto, y a granaderos que apenas saben su nombre. ¿Quién es ese hombre? ¡El rey! todo el mundo se postra a sus pies.»

Lo que antes decía yo de los guerreros, con el objeto que me proponía al-

canzar, era verdad en cuanto a los jefes, pero mentía en cuanto a los soldados. Recuerdo, como si lo viese todavía, el espectáculo de que fui testigo cuando, entrando Luis XVIII en París el 3 de mayo, fué a apearse en Notre-Dame: habiendo querido ahorrar al rey la vista de las tropas extranjeras, un regimiento de la antigua guardia de infantería fué el que formó las filas desde el Pont-Neuf hasta Notre-Dame, a lo largo del muelle de los Orfèvres. No creo que jamás rostros humanos tuviesen una expresión tan terrible como aquéllos. Estos granaderos, cubiertos de heridas, vencedores de Europa, que habían visto pasar sobre sus cabezas tantos millares de balas; estos mismos hombres, privados de su capitán, se veían obligados a saludar a un rey viejo, inútil por el tiempo y no por la guerra, vigilados como estaban por un ejército de rusos, de austriacos y de prusianos en la capital invadida de Napoleón. Unos, arrugando la piel de sus frentes, hacían bajar hasta los ojos sus gorras de pelo como para no ver; otros inclinaban las dos extremidades de la boca con el desprecio de la rabia, y otros al través de sus bigotes dejaban ver sus dientes como tigrés. Al presentar las armas lo hacían con un movimiento de furor, y el ruido que producían hacía temblar. Preciso es convenir en que jamás los hombres han sido puestos a semejante prueba, ni han sufrido semejante suplicio. Si en este momento hubiesen sido llamados a la venganza, hubiera sido preciso exterminarlos a todos, o se habrían comido la tierra.

En el extremo de la línea estaba un húsar joven, a caballo y con el sable desnudo, que hacía girar con un movimiento convulsivo y colérico. Estaba pálido; sus ojos giraban en sus órbitas, y abría y cerraba la boca haciendo chocar los dientes y ahogando gritos, de los que sólo se oía el primer sonido. Al ver a un oficial ruso le lanzó una mirada que no puede describirse. Cuando pasó delante de él el carruaje del rey, hizo saltar su caballo, y ciertamente tuvo la tentación de precipitarse sobre el monarca.

La Restauración cometió, al empezar, una falta irreparable: debió licenciar al ejército, conservando los mariscales, los generales, los gobernadores militares, los oficiales con sus pensiones, honores y grados, y los soldados habrían ido entrando sucesivamente en el ejército cons-

tituido, como lo hicieron después en la guardia: la legitimidad no hubiera tenido desde el principio contra ella aquellos soldados del Imperio organizados, formados en brigadas como lo estaban en los días de sus victorias, hablando sin cesar entre sí del tiempo pasado, y alimentando penas y sentimientos hostiles contra su nuevo señor.

Durante la permanencia de Luis XVIII en Compiègne, había ido a visitarlo Alejandro. Luis XVIII le chocó por su altivez, resultando de esta entrevista la declaración de Saint-Ouen de 2 de mayo. El monarca decía que estaba resuelto a dar por base de la constitución que destinaba a su pueblo las siguientes garantías: el gobierno representativo dividido en dos cuerpos; el impuesto libremente consentido; la libertad pública e individual; la libertad de imprenta; la de cultos; las propiedades inviolables y sagradas; la venta de los bienes nacionales irrevocable; la responsabilidad de los ministros; los jueces inamovibles y el poder judicial independiente; todo francés admitido a todos los empleos, etc., etc.

Esta declaración, aunque fuese natural en el ánimo del rey, no pertenecía, sin embargo, ni a él ni a sus consejeros; era, sencillamente, el tiempo que señalaba su reposo; sus alas se habían plegado en 1792, y ahora volvía a su vuelo o a su curso. Los excesos del terror, el despotismo de Napoleón, habían hecho retroceder las ideas; pero, tan pronto como fueron destruídos los obstáculos, afluyeron de nuevo al cauce que debían seguir y socavar a un tiempo. Todo volvió al punto donde se había detenido, y se tuvo como no ocurrido lo que había pasado: la raza humana había perdido solamente cuarenta años de vida desde el principio de la Revolución; pero, ¿qué son cuarenta años en la vida general de la sociedad?

El 30 de mayo de 1814 se terminó el tratado de París entre los aliados y Francia. Convínose en que en el plazo de dos meses todas las potencias que se habían comprometido de una parte y otra en esta guerra mandarían sus plenipotenciarios a Viena, para concluir en un congreso general los arreglos definitivos.

Para la mayor parte de la nación, la carta tenía el inconveniente de ser otorgada, y esto era remover con esa palabra inútil la cuestión ardiente de la soberanía real o popular. Luis XVIII fechaba también su beneficio con el año de su

reinado, considerando a Napoleón como si no hubiese existido, del mismo modo que Carlos II había saltado a pies juntillas sobre Cromwell: esto era una especie de insulto a los soberanos que habían reconocido a Bonaparte, y que en este momento mismo se hallaban en París. Este lenguaje añejo y estas pretensiones de antigua monarquía no añadían nada a la legitimidad del derecho, pues sólo eran anacronismos pueriles. Fuera de esto, reemplazando la carta al despotismo, y trayéndonos la libertad legal, tenía con que satisfacer a los hombres de conciencia; pero, sin embargo, los realistas, que recogían sus ventajas, que saliendo de su aldea, de su pobre hogar, o de las plazas oscuras donde habían vivido en tiempo del imperio, eran llamados a una alta y pública existencia, no recibieron el beneficio sino murmurando, y los liberales que se habían arreglado de corazón con la tiranía de Bonaparte, la consideraron como un verdadero código de esclavos. Hemos vuelto a los tiempos de Babel; mas ya no se trabaja en un monumento mutuo de confusión, sino que cada uno construye su torre a su propia altura, y según su fuerza. Además, si la carta pareció defectuosa, es porque la revolución no estaba a su término: el principio de la igualdad y de la democracia estaba en el fondo de los ánimos, y laboraba en sentido contrario al orden monárquico.

Los príncipes aliados no tardaron en salir de París; al retirarse Alejandro, hizo celebrar un sacrificio religioso en la plaza de la Concordia; se construyó un altar en el mismo sitio en que estuvo el cadalso de Luis XVI. Siete sacerdotes moscovitas celebraron el oficio, y las tropas extranjeras desfilaron ante el altar. El *Te Deum* se cantó con una de las más bellas entonaciones de la música griega, y los soldados y los monarcas hincaron una rodilla en tierra para recibir la bendición. El pensamiento de los franceses se trasladaba a 1793 y 94, cuando los bueyes rehusaban cruzar las calles que les hacía odiosas el olor de la sangre. ¿Qué mano había conducido a la fiesta de las expiaciones a aquellos hombres de todos los países, a aquellos hijos de las antiguas invasiones bárbaras, esos tártaros, algunos de los cuales habitaban en tiendas de pieles de ovejas al pie de la gran muralla de la China? Estos son espectáculos que ya no podrán ver las débiles generaciones que seguirán a mi siglo.



En el primer año de la Restauración presencié la tercera transformación social: yo había visto la antigua monarquía pasar a la monarquía constitucional, y ésta a la República; yo vi la República convertirse en despotismo militar, y veía el despotismo militar volver a una monarquía libre. Los mariscales del imperio se transformaron en mariscales de Francia, y a los uniformes de la guardia de Napoleón se mezclaron los de los guardias de corps, y de la Maison-Rouge, cortados exactamente por los antiguos moldes: el viejo duque de Havré, con su peluca empolvada y su bastón negro, marchaba como capitán de los guardias de corps al lado del mariscal Víctor: el duque de Mouchy, que nunca vió quemar un cartucho, desfilaba en la misa al lado del mariscal Oudinot, acribillado de heridas: el palacio de las Tullerías, tan apropiado y tan militar bajo el mando de Bonaparte, en vez del olor de la pólvora, se llenaba del humo de las comidas que subía de todas partes, y todo iba volviendo a adquirir cierto aire doméstico. En las calles se veían emigrados caducos con ademanes y vestidos de otro tiempo, hombres los más respetables sin duda, pero tan extraños entre aquella moderna multitud, como lo eran los capitanes republicanos entre los soldados de Napoleón. Las damas de la corte imperial introducían a las viudas del barrio de Saint-Germain, enseñándoles las costumbres de palacio, y llegaban diputaciones de Burdeos y capitanes de parroquia de la Vendée con sus sombreros a lo Rochejacquelein. Todos estos personajes conservaban la expresión de los sentimientos, hábitos y costumbres que les eran familiares. La libertad, que estaba en el fondo de la época, hacía vivir juntos los que a primera vista parecían no deber estarlo; pero costaba trabajo reconocer esa libertad, porque llevaba los colores de la antigua monarquía y del despotismo imperial. Ninguno conocía bien el lenguaje constitucional; los realistas cometían faltas groseras hablando de la carta; los imperialistas estaban menos instruidos aún, y los convencionales, convertidos en condes, barones, senadores de Bonaparte y pares de Luis XVIII, incurrieron unas veces en la dialéctica republicana, que casi habían olvidado, otras en el idioma del absolutismo, que habían aprendido a fondo. Se oía a los ayudantes de campo del último tirano militar discutir sobre la libertad

inviolable de los pueblos, y a los regicidas sostener el dogma sagrado de la legitimidad.

Estas metamorfosis serían odiosas si no tuviera parte en ellas la flexibilidad del espíritu francés. El pueblo de Atenas se gobernaba a sí propio, y los oradores se dirigían a sus pasiones en la plaza pública; la multitud soberana se componía de escultores, pintores, obreros y oyentes, según dice Tucídides: pero cuando, bueno o malo, se llegaba a dictar un decreto, ¿quiénes salían de esa masa incoherente e inexperta para ponerlo en ejecución? Sócrates, Foción, Pericles y Alcibiades.

¿Es a los realistas a quienes debe culparse de la Restauración, como hoy se pretende? De ninguna manera. ¿Se diría que treinta millones de hombres estaban consternados, mientras que un puñado de legitimistas consumaban, contra la voluntad de todos, una restauración que se detestaba, agitando algunos pañuelos y poniendo en sus sombreros una cinta de su mujer? Verdad es que la inmensa mayoría de los franceses estaba contenta; pero esa mayoría no era legítima en el sentido limitado de esta palabra, porque estaba compuesta de todos los matices de opiniones; feliz con verse libre y violentamente animada contra el hombre a quien acusaba de todos sus infortunios: de aquí provino el éxito de mi folleto. ¿Cuántos aristócratas verdaderos habían proclamado el nombre del rey? Los señores Matthieu y Adrián de Montmorency, los señores de Polignac, escapados de su calabozo, el señor Alexis de Noailles y el señor Sosthène de la Rochefoucauld. Estos siete u ocho hombres, a quienes el pueblo desconocía y no seguía, ¿podían imponer su ley a toda la nación?

La señora de Montcalm me había enviado un paquete con mil doscientos francos para distribuirlos entre la pura raza legitimista, pero se lo devolví por no haber encontrado donde colocar un escudo. Ataron una innoble cuerda al cuello de la estatua que coronaba la columna de la plaza Vendôme; mas, había tan pocos realistas para tirar de ella, que las autoridades, todas bonapartistas, fueron las que bajaron la imagen de su señor con el auxilio de una polea: el coloso hubo de inclinarse por fuerza la frente, y cayó a los pies de esos soberanos de la Europa, tantas veces prosternados ante él. Los hom-

bres de la República y del Imperio fueron los que saludaron con entusiasmo la Restauración. La conducta y la ingratitude de los personajes elevados por la Revolución, fueron indignas con respecto a aquel a quien hoy afectan sentir y admirar.

Era muy natural que los realistas estuvieran contentos de volver a encontrar sus príncipes y de ver acabar el reinado de aquel a quien consideraban como un usurpador; pero vosotros, criaturas de ese usurpador, sobrepujasteis en exageración los sentimientos de los realistas. Los ministros y los grandes dignatarios a porfía prestaron juramento a la legitimidad, y todas las autoridades, civiles y judiciales, se apresuraban a jurar odio a la nueva dinastía proscripta, y amor a la raza antigua, que tantas veces habían condenado. ¿Quién componía aquellas proclamas, aquellos manifiestos acusadores y ultrajantes para Bonaparte, de que estaba inundada Francia? ¿Los realistas? No: los ministros, los generales, las autoridades elegidas y mantenidas por Napoleón. ¿Dónde se fraguaba la Restauración? ¿En casa de los realistas? No; en casa del señor de Talleyrand. ¿Con quién? Con el señor de Pradt, limosnero del dios Marte y titiritero mirado. ¿Con quién y en casa de quién comía al llegar el lugarteniente general del reino? ¿En casa de los realistas y con realistas? No; en casa del obispo de Autun, con el señor de Caulaincourt. ¿Dónde se daban fiestas a los *infames principes extranjeros*? ¿En los palacios de los realistas? No; en la Malmaison, en casa de la emperatriz Josefina. Los más caros amigos de Bonaparte, Berthier, por ejemplo, ¿a quién profesaban su más ardiente adhesión? A la legitimidad. ¿Quiénes eran los que pasaban su vida en casa del autócrata Alejandro, en casa de ese tártaro brutal? Los clásicos del Instituto, los sabios, los literatos, los filósofos filántropos, teofilántropos y otros, y de allí salían encantados y colmados de elogios y de cajas de tabaco. En cuanto a nosotros, pobres diablos de legitimistas, no éramos admitidos en ninguna parte, y se nos contaba por nada. Unas veces nos decían en la calle que nos fuésemos a acostar, y otras que no gritásemos demasiado alto ¡viva el rey! Lejos de obligar a nadie a ser legitimista, las potencias declaraban que nadie sería forzado a cambiar de papel ni de lenguaje, y que el obispo de Autun no sería más obligado

a decir misa bajo la monarquía que bajo el Imperio. Yo no he visto Juanas de Arco proclamando el derecho soberano con un jerifalte en el puño y armadas de lanza; pero la señora de Talleyrand recorría las calles en carretela cantando himnos sobre la piadosa familia de los Borbones. Algunos trapos que colgaban en las ventanas de los familiares de la corte imperial, hacían creer a los buenos cosacos que había tantas flores de lis en los corazones de los bonapartistas, convertidos, como guiñapos blancos en sus balcones. El contagio es una maravilla en Francia, y se gritaría *¡abajo mi cabeza!* si oyeran que el vecino lo gritaba. Los imperialistas entraban en nuestras casas para hacernos poner banderas de lienzo blanco en las rejas: también lo pretendieron en la misa; pero mi esposa no quiso oír, y defendió esforzadamente sus muselinas.

PRIMER MINISTERIO. — PUBLICO LAS «REFLEXIONES POLÍTICAS». — LA DUQUESA DE DURAS. — SOY NOMBRADO EMBAJADOR EN SUECIA. — EXHUMACIÓN DE LOS RESTOS DE LUIS XVI. — PRIMER 21 DE ENERO EN SAINT-DENIS. — LA ISLA DE ELBA.

El Cuerpo legislativo, transformado en Cámara de los Diputados, y la Cámara de los Pares, compuesta de ciento cincuenta y dos miembros vitalicios, entre los que se contaban más de sesenta senadores, formaron las dos primeras Cámaras legislativas. El señor de Talleyrand, instalado en el ministerio de Estado, salió para el congreso de Viena, cuya apertura había sido señalada para el 3 de noviembre, conforme al artículo 32 del tratado de 30 de mayo, y el señor de Jaucourt lo desempeñó por una interinidad que duró hasta la batalla de Waterloo. El abate de Montesquiou fué ministro de Gobernación, teniendo por secretario general al señor Guizot; el señor Malouet entró en el de Marina; pero, habiendo muerto, fué reemplazado por el señor Beugnot; el general Dupont obtuvo el departamento de la Guerra, y luego le substituyó el mariscal Soult, que se distinguió en él por la creación del monumento fúnebre de Quiberón; el duque de Blacas fué ministro de la casa del rey; el señor de Anglés, prefecto de policía; el canceller Ambray, ministro de Justicia, y el abate Luis, ministro de Hacienda.